



Coro masculino del ORFEON RENTERIANO tras el concierto de Semana Santa en 1954. En la foto figuran varios de los amigos citados en el artículo, amigos que no volveremos a ver ya.

RECUERDOS MUSICALES

David María Tellechea Santamarta

Uno de mis recuerdos más entrañables, está íntimamente relacionado con la música.

Es probable que la lectura de estas líneas traiga, a más de uno, imágenes del pasado envueltas en efluvios de añoranza.

Es el caso, que allá por los comienzos de los años 50, cuando aún existía verdor en los alrededores del pueblo. E incluso, los campos y las huertas compartían sus espacios con las casas. Cuando aún era posible jugar en la calle. Y correr, saltar y brincar sobre los adoquines, que soportaban estoicos las melladuras de las carretas tiradas por bueyes. Cuando el único automóvil (al menos que yo recuerde), que osaba transitar por Goiko-Kale, era el Citroën de los Mendizábal. Cuando el acre aroma de los excrementos animales, se mezclaban con la fragancia de la sidra. Y el aire, este aire peculiar de nuestra tierra, aún portaba en su seno los olores del cercano mar.

Entonces, digo, un grupo de niños marchábamos todos los días a estudiar solfeo con D. Jesús. Este, D. Jesús Querejeta, acababa de llegar a Rentería. Recién muere D. Juan Bautista Olaizola, su antecesor como organista de la parroquia. D. Jesús se hizo cargo de la enseñanza musical de los niños. Y así, con toda nuestra infantil ilusión puesta en las líneas del pentagrama, emprendíamos a diario, el camino de On-Bide.

Allí, descendíamos a los sótanos de la casa parroquial. Más bien parecía la bajada a las mazmorras del castillo de nuestros sueños infantiles.

Aún recuerdo con nitidez aquel lugar. El frontón. Un armario para las partituras. Y el armonio.

Puestos en fila, esperábamos turno para cantar las lecciones. Y así, de aquellas primeras semillas que, en forma de corcheas, redondas, puntillos y demás signos musicales, se alojaron en los surcos de nuestra mente, nació en muchos de nosotros la afición por la música.

Fue nuestro primer contacto con el mundo mágico de los sonidos y su entorno. Aprender a descifrar las partituras. Hacerlas propias, dominarlas e interpretarlas.

Rentería es un pueblo íntimamente ligado a la música. Yo recuerdo como cosa natural, de siempre, igual que la Alameda, o el río, o la parroquia, o las calles antiguas, los armoniosos sonidos de las campanas de la iglesia. Música de bronce, recia y potente. Los sonos de nuestra banda, bajo cuyas melodías nos iniciamos en los eternos juegos de los amores juveniles. El coro parroquial. El Orfeón renteriano. La Escolanía de tiples. Los «bertsolaris», canto de la tierra, surgido de las entrañas del pueblo. Música, también. Y en las tabernas y sidrerías. Siempre los cánticos, ora melancólicos, ora alegres. Voces timbradas, naturales y potentes. Los «txistularis», institución casi sagrada para mí. Siglos de emoción, de cultura ancestral. Patria, hecha música. La tamborrada. El «olentzero»...

Y como rúbrica, el «Centenario». Música, por supuesto, que penetra hasta el fondo. Y nos hace llorar. Es el tañido de nuestras fibras más íntimas. Tristeza en la alegría. Y gozo en el espíritu.

La música lo envolvía todo. Pertenecía a nuestra vida. Y condicionaba, en parte, nuestra forma de ser y actuar. De alguna manera, todo el pueblo participaba en la música. Con naturalidad. Sin darnos cuenta.

Y así, poco a poco, fueron surgiendo músicos competentes en nuestra comunidad. Profesionales de talla internacional. Aficionados de gran categoría. Nombres y grupos que están en la mente de todos. Que aprovechan cualquier ocasión, para llevar el nombre de Rentería como avanzadilla cultural a través del difícil mundo de las artes.

Todos estos recuerdos, ligados de alguna manera a la música, terminan para mí, en época reciente, impregnados de tristeza.

Es la muerte del amigo. La desaparición de una gran voz y de un enorme corazón, que al final pudo con él y le venció.

Su primoroso timbre, aún debe resonar por el gótico de nuestra parroquia. Hay que escucharlo con el alma.

Siempre estará ahí, escondido entre las columnas. Y cuando Perossi, o Bartholomeus, en sus célebres misas, o nuestro Goicoechea en sus variadas composiciones, escritas para voces recias, requieren un agudo potente y brillante, entonces asomará el espíritu de Cecilio, para unirse, como siempre, a su cuerda de tenores, con objeto de darle color y vida

Triste recuerdo en esta primavera, también triste, que se llevó un amigo. Música, no obstante.

También desapareció Nicanor. Vida ejemplar de músico y director. Compositor sencillo, pero emotivo. Atril vacío, ahora.

Y antes se fueron Lizardi, Iñaki, Ceberio, Huici, Iraola y tantos otros que hicieron historia del acontecer musical de nuestro pueblo.

Son las sombras del esplendor musical, que nunca nos ha abandonado.

Es posible que en otras páginas de esta revista, se relaten y comenten los logros actuales de la música en Rentería. Musikaste, Andra Mari, Oiñarri, Conservatorio, Corostola,... Son nombres, personas, grupos, ligados a la música, que suenan y ejercen su función cultural en el presente.

Son el resultado y sirven de continuidad a ese enorme ambiente musical que siempre ha existido en nuestro pueblo y que, en mis recuerdos, he pretendido reflejar.

Frutos y semillas, ya lejanas en el tiempo. Voces, instrumentistas, compositores, nacidos entre nosotros, moldeados por nuestro ambiente, insuflados del eterno espíritu musical renteriano.

Y así, aunque el cemento nos inunde. Y el aire nos traiga polución. Y los ruidos se apoderen del ambiente, siempre se podrá escuchar, aunque sea tenuemente, las voces y cánticos de los renterianos, que, como en otras tantas cosas, hemos conseguido ser pioneros también en este incomparable arte de hacer música y sentirnos músicos, aunque solo sea para cantar las excelencias de nuestro pueblo y, porqué no, de nuestro equipo de fútbol.

Huesca, primavera de 1983